

TEMPLO DEL TIBIDABO
BARCELONA

*«Desearía que al morir,
tan pronto como se pudiera,
escribieran sólo:*

PABLO JIMENEZ BLAZQUEZ

ha muerto.

Pidan mucho, mucho por él.

Dios se lo pagará.

Rogaré por todos.»



Queridos hermanos: Así de escueta pedía el señor Pablo Jiménez su carta mortuoria. Precisamente él que guardaba religiosamente las de tantos hermanos. Tendrá que ceder una vez más: lo exige la ejemplaridad de su larga vida salesiana.

El señor Pablo resistía como un roble el paso de los años; ya hace tres que se honraba en ser decano de la Inspectoría. Estaba cerca de los 88. Pero un cáncer, ya diagnosticado con ocasión de una operación de próstata de la que se recuperó muy bien, se activó súbitamente hace cuatro meses dejándole paralizadas las piernas. ¡Cómo sufrió él, siempre tan activo, por esta nueva, larga experiencia de inmovilidad! Su irreprimible deseo de recuperar el movimiento chocaba contra la implacable realidad y se rendía una y otra vez... ¡«Que sea lo que Dios quiera»! Y así, confortado con la Unción Sagrada y la Comunión diaria fue madurando para la última, la total obediencia: su serena muerte en la mañana del 10 de julio.

El señor Pablo había nacido en Macotera (Salamanca) el 24-IX-1889, en el cristianísimo hogar de Melchor Jiménez y Teresa Blázquez.

Era el más pequeño de sus siete hermanos y formaba, con Ana María y Antonio, el tríptico familiar de los hermanos religiosos. Ana María (sor Benigna) vivió 46 años en el Monasterio de Salesas de Salamanca en el

humilde servicio de las hermanas enfermas. Antonio culminó, con el testimonio de la sangre, sus 30 años de Hermano Jesuita. Los 18 últimos, fue sacristán en la residencia de Málaga, donde cayó asesinado el año 36.

Marcelo y José formaron hogares cristianos en los que siguió floreciendo el carisma de la vida religiosa. Isabel completa este segundo trío de hermanos; su vida estuvo por completo dedicada a Dios y a la atención de Remigio, el hermano sacerdote.

Don Remigio fue el guía espiritual de la familia. Y colaborador insigne de monseñor Manuel González, el apóstol del Catecismo y de la Eucaristía. Lo siguió a Málaga y allí cayó, en la brecha, al acabar de oír las confesiones en una agotadora jornada misional.

Son datos suficientes para justificar la veneración que nuestro anciano sentía por su familia. Emociona la correspondencia, ungida de piedad cristiana, que hasta última hora, mantuvieron con él sus sobrinos y resobrinos.

El señor Pablo ingresó en el Noviciado de Carabanchel con casi 28 años en julio de 1917. Allí encontró como director a don Marcelino Olaechea y a don Juan Antal como asistente y... ¡aquellos fueron definitivos! «Me convenció de que aquella era mi vocación». Se ve que antes había habido sus más y sus menos. Aconsejado por su hermano Remigio, había pasado un año en el Colegio de Salamanca («sin gusto, pero seguía...») y dos años en Gerona. Toda la vida quedó ligado a esas dos grandes figuras salesianas.

Durante el trienio de votos temporales volvió a la casa y granja de Gerona y, apenas hechos los perpetuos el día de la Merced del año 21, un telegrama del santo don Binelli lo embarcaba para las Antillas: «Pablo. Prepárate. Cuba».

La Habana y Camagüey fueron los campos en que batalló seis años como encargado de las obras, aparejador, catequista del Oratorio Festivo. Espanta pensar el ritmo y el nervio con que el señor Pablo bregaría, en campo abierto, a sus 32 años. La salud resentida y alguna susceptibilidad determinaron que el visitador don Antonio Candela le invitara a acompañarlo en su vuelta a Europa en agosto del 27. El buen viejo contaba y no terminaba recordando este viaje y las delicadezas que con él tuvo don Candela: se lo llevó a Lourdes, a Toulouse, a Lyon y... ¡14 días en Turín!

«... Hablé con el rector mayor don Felipe Rinaldi, con don Francesia que nos hicimos amigos...».

«¡Cómo pasa el tiempo, Pablo!, pero como el Señor lo cuenta para el Premio... ¡que vaya pasando!», tenía escrito en un precioso autógrafo de monseñor Olaechea.

Larga reseña. Breve, para vida tan larga y llena. Resulta ahora sencillo destacar los rasgos característicos de esta vida.

— Sin duda el más relevante es, como subrayó el inspector don Alfredo Roca en la misa exequial, su *espíritu de trabajo*: «No sabía estar inactivo. Y éste fue su mayor sufrimiento durante su enfermedad». Una voluntad tenaz y su interés por *el bien de la casa* lo tienen siempre en tensión. Inútil insistir después de recordar su curriculum. Siempre estaba en tensión y... ponía en tensión a sus colaboradores. No transigía en esto. «Hombres de genio, me dé Dios», repetía justificando el suyo. Pero también luchaba por dominarse. Sus apuntes espirituales están llenos de su reiterado propósito de continuar el esfuerzo.

— Por contraste hemos de destacar su *natural afectuoso y sensible*. Ya en el noviciado le habían calado: «Mucho genio, pero mejor corazón». Hemos aludido a sus relaciones familiares. Pero el señor Pablo ha dejado amigos en todas partes: quería de veras a la gente. Sobre todo a los *de casa*. Al nombrar a tantos salesianos en la reseña de su vida intencionadamente queda hecho el catálogo de los retratos que decoraban su pobre habitación. Hay que añadir el tríptico de los tres queridos cocineros, señor Antonio Mas, señor Martín Goicocoecha y señor Francisco Sanz. Pero... cuántas fotografías más, y recordatorios sin fin, y cartas, y más cartas.

Sensible a la amistad, sufre por las desatenciones y olvidos. Le animaba don Marcelino con su mejor estilo: «Así, así. Nosotros *pa lante*, a vivir nuestra vida de cara a Dios, en gracia y en paz con El y, como decía nuestro padre Don Bosco: *Laetare, benefacere et lasciar cantar le passere*. Has cumplido bien con tu deber y, por lo tanto, santa alegría, santa alegría. Cuando el Señor quiera abrirnos la puerta de esta cárcel, lo hará como Padre y a la mejor hora».

Se desahoga con sus quejas, pero acaba siempre excusando a todos para concluir invariablemente: «¡De todo, de todo se puede sacar mucho, mucho bien!».

— Su piedad era profunda y sentida, reflejo de una recia fe injertada en su natural sensible. Su pasión por el trabajo quedaba así salesianamente

Acabada la contienda se le destaca otra vez, en la paz, a primera línea. Ya el 10 de abril está en Alicante, pero encuentra allí a don Silverio y él pasa a Campello para hacerse cargo de la casa. En septiembre se forma una pequeña comunidad dirigida por don Juan Castaño. Mucho debieron batallar juntos aquellos tres años...

El curso 42-43 en Mataró fue, dentro de todo, una tregua tranquila. Salió de allí para encargarse, durante siete años, de los criados en Sarriá y de la despensa. «Me acuerdo que lloré aquel día viendo la carga que se me venía encima». Años de escasez, de imposible y milagroso abastecimiento. Todo tipo de personas. El no era hombre que bordeara las dificultades y, al arremeter con ellas, menudearon las tensiones. Buen sedante fue, al final, el viaje a Italia (¡el tercero!) con ocasión de la Beatificación de Domingo Savio. Se alojó en el Colegio Español, regido entonces por su paisano, después obispo de Barbastro, don Jaime Flores. Para colmo, una inoportuna indisposición prolongó su estancia en Turín. Allí estaban don Candela, don Modesto, don Antal. ¿Podía la suerte ofrecerle más oportuna *contrariedad*?

Vuelve otra vez a Alicante: tres años al cuidado de la iglesia. Alicante y sus AA. AA. habían calado hondo en el corazón de este salmantino que, indefectiblemente, unirá siempre el nombre de Alicante con el de María Auxiliadora.

En septiembre de 1953 cumple el señor Pablo 65 años. Y con 65 años comienza el viejo luchador su titánico esfuerzo por renovar y transformar la enorme finca de Gerona: roturar nuevos campos, plantar frutales, intentar cultivos, acondicionar campos de deporte, impulsar la granja. ¡Cuántos, hoy salesianos, han conocido al señor Pablo durante sus diez años en aquel aspirantado!

Bien se merecía la jubilación a sus 75 años. Se siente cansado. Pero aún en Huesca, durante un trienio, trastea con la madera y los cristales, cuida la sacristía, visita enfermos...

Finalmente la larga vida de este gran trabajador se remansa en el Tibidabo. Son sus diez últimos años. Su jornada comienza a las cinco de la mañana: despidé, atento y comunicativo, el turno de los adoradores nocturnos e inaugura, en solitario, la adoración diurna. Durante el día asiste a las misas, cuida pequeños detalles del culto, acompaña infatigable y cordial a las visitas, vuelve una y otra vez a la adoración, intenta algún arreglo en la casa, recoge con mimo recuerdos en su personalísimo museo...

Vuelto a Barcelona reencuentra a don Calasanz quien lo envía a Campello. Allí sus trabajos en compañía del señor Lorenzo, del señor Maximino y del señor Narciso pertenecen a la *Legenda Aurea* del Campello de antes de la quema. Pero el cronista de *Lauros y Palmas* ha fijado para la historia la figura del señor Pablo defendiendo desesperadamente la casa y salvando del saqueo lo que pudo.

San Viçens dels Horts se abre para acoger los restos y los naufragos de Campello y allí recaló el señor Pablo. Pero ya en octubre del 32 es destinado a Alicante con don Luis Xancó en *misión especial*: «Ya sabes, le dijo don Julián, que siempre te mandamos cosas de toda confianza. Vete tranquilo. Dios te ayudará siempre». Y en verdad que se notó su ayuda en aquella primeriza *nueva presencia*. Vivían en un piso alquilado que pasó a ser centro de un dinámico grupo de AA. AA. donde se organizaban catequesis, excursiones, fiestas y sobre todo se planeaba en grande, con novenario y todo, la fiesta de María Auxiliadora. Para que nada faltara hasta peregrinaron a Roma para la Canonización de Don Bosco. Al volver pudieron ya instalarse precariamente en la casa salesiana de la que se hizo cargo don Silverio Maquiera.

La odisea del 36 el señor Pablo se la vivió en solitario, pues el director estaba predicando los Ejercicios de Valencia. Solo, contempló la hoguera en la que, por segunda vez, ardía la casa. Se movió libre por Alicante hasta el 19 de agosto. Aquel día fue detenido, registraron su residencia, lo *pasearon* simulando por dos veces que lo iban a matar, pero por fin lo dejaron en la cárcel. El encierro, en que trabó entrañables amistades, duró cinco meses y terminó por la providencial intervención del Cónsul Argentino que logró embarcarlo en el Tucumán.

Al reentrar en España por Irún, la policía de frontera le preguntó quién podía responder de él. Contestó: «El obispo de Pamplona». Llaman a Palacio y es el mismo obispo quien se pone al habla: ¡«Si está allí mi querido Pablito, arréstenlo y tráiganlo inmediatamente a Pamplona»! No se podía desear mejor aval.

En Pamplona está el nuevo inspector don Julián Massana: «Siempre te ha tocado estar en situaciones difíciles, le dice, ahora te espera otra mayor. Pienso que vayas a Carabanchel Alto». Aquello era zona de guerra y el colegio estaba ocupado por las tropas. Allí pasó el señor Pablo dos años mediando ante los jefes para evitar deterioros, cultivando la huerta, vigilando las habitaciones reservadas como almacén de los enseres de la casa y hasta haciendo peligrosas incursiones por el frente...

equilibrada. «A pesar de su actividad, no era un activista: siempre fiel a la oración de la comunidad, ejemplar en sus visitas al Santísimo, en su larga adoración», señalaba el padre Inspector. La autenticidad de su piedad —vital actitud de fe— se le traslucía con total espontaneidad. «¡Gracias!, repetía a enfermeros, enfermeras y visitantes, pero... ¡yo no pago a nadie!». Y con su mirada y gesto obligaba a pensar en Dios. «Tú, sobre todo... ¡qué lo hagas por Dios!», decía a la religiosa que lo atendía. Esta orientación y este deseo de Dios lo expresaba, en su fatiga final, respondiendo a la jaculatoria «Sagrado Corazón de Jesús...» con un «*en vos confío*» que conmovía.

— El señor Pablo fue, en fin, un salesiano plenamente identificado con su vocación, enraizado vitalmente en la Congregación Salesiana. En su vida es singular que se le confiaran repetidamente misiones especiales en circunstancias de excepción. En ellas su acusada personalidad y osada iniciativa encontraban el mejor campo. Sólo su arraigo e identificación salesiana las hicieron posibles.

Para terminar queremos agradecer los agradecimientos fraternos que habéis tenido con nuestro querido hermano señor Pablo Jiménez. Oigamos una vez más el lacónico ruego que hemos copiado al principio de esta carta: «Pidan mucho, mucho por mí. Rogaré por todos».

LA COMUNIDAD SALESIANA DEL TIBIDABO

Barcelona, 21 de julio de 1977

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Coadjutor Pablo Jiménez Blázquez, nacido en Macotera (Salamanca) el 24 de septiembre de 1889 y fallecido en Barcelona-Tibidabo el 10 de julio de 1977 a los 87 años de edad y 60 de vida religiosa.